

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mez.	Trimestre.
En Madrid.....	10 rs.	30 rs.
En Provincias.....	12	36
En el Extranjero.....	24	72
En las Antillas.....		100
En Filipinas.....		150

Mientras las atenciones del periódico no lo impidan, se admitirán remitidos y comunicaciones a precios convencionales, y anuncios a medio res la línea.

EL ECO DE ESPAÑA se publicará todos los días, a excepción de los lunes y las grandes festividades del año.

EL ECO DE ESPAÑA

PERIÓDICO MODERADO.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administración y Redacción de este periódico calle del Caballero de Gracia, número 40, principal.

El importe de la suscripción en Madrid se abonará en efectivo en la Administración. El de las provincias, el propio modo, o por medio de libranzas del Giro postal, o sellos de correos, y también por letras de cambio a favor de la Administración, de esta última manera o bien haciendo el abono en efectivo en la Administración, se servirán las suscripciones de Ultramar. El importe de las suscripciones que se envíen por cualquier clase de giros, se hará por medio de carta certificada.

ADVERTENCIA.

Rogamos a nuestros amigos que hayan podido recibir tarde nuestro número de ayer, que dispensen su retardo, pues ha sido tal la premura con que se confeccionó y tantas las dificultades que ofrece la primera publicación de un periódico, que no es posible apreciarlas exactamente sin conocer a fondo esta clase de trabajos.

Por complemento de estos inconvenientes, y como satisfacción a nuestros lectores, debemos manifestar que descompuesta la máquina en que se empezó a tirar nuestro número primero, se acudió a otra, de que para casos extraordinarios se vale la imprenta en que se confecciona el periódico, y aunque tarde, tuvimos la satisfacción de que dicho número se repartiese en Madrid en el día de ayer y de que muchos de ellos alcanzasen el correo de provincias.

CRÓNICA PARLAMENTARIA.

De escasa importancia fue la sesión de ayer. Aparte de la lectura que se dio por el ministro de la Guerra de un proyecto de decreto sobre organización militar en que se suprime la redención por dinero, la Cámara solo se ocupó en la discusión del dictamen de la comisión de actas por el que proponía que se admitiera como diputado por Jativa al Sr. Pascual y Genis. El Sr. Vinader combatió dicho dictamen, fundándose en que no había habido libertad en la elección, y el Sr. Bugallal, proponiéndose poner de manifiesto las influencias ejercidas para derrotar a su amigo el Sr. Camacho, pronunció un buen discurso nutrido de sanas doctrinas en que atribuyó a las exageraciones de la revolución y a las predicciones hechas en la misma Cámara, la nueva vitalidad del partido carlista, y el incremento que ha tenido con la agregación de elementos conservadores que han ido a buscar en sus filas el remedio a la anarquía y el reposo a la agitación revolucionaria. Combatió asimismo el sufragio universal y demostró los males que han ocasionado.

Defendió el Sr. Pascual y Genis su acta, y después de varias rectificaciones se levantó la sesión.

NUESTRA BANDERA.

Si por habilidad política se entiende la que consiste en ocultar cuidadosamente la idea, en proponerse llegar a un punto dado recorriendo una larga serie de curvas, y en fiar a la paciencia el triunfo de la idea escondida en lo mas recóndito del pensamiento, nos apresuramos a declarar que no somos hábiles, que no queremos serlo, porque aspiramos a separarnos de la línea recta y a expresar nuestras inspiraciones con franqueza, con sinceridad, y de la manera mas clara, explícita, concreta y terminante.

El estado de postración a que ha llegado

España en estos aciagos días, es de tanta gravedad, que no consiente moratorias ni habilitaciones; urge salvarla de una ruina tan inminente como desastrosa. Encomendar a lentas operaciones de una terapéutica poco eficaz, el remedio de sus males, es perder el tiempo, es abandonar el enfermo en su lecho de dolores, para que se salve o sucumba según el esfuerzo de que sea capaz su propia y ya abatida naturaleza. Cada día, cada hora, cada instante que pasa España gimiendo bajo la dominación de los autores de la catástrofe de Setiembre, se acerca mas y mas a una de esas pavorosas agonías de que solo mueren los pueblos corrompidos, abyectos y degradados. Y España, la altiva, noble y valerosa España, no merece por cierto hundirse en el abismo con las gloriosas páginas de su historia, cediendo al influjo de un destino tan injusto como cruel, tan siniestro como triste y horroroso.

Con frecuencia oímos decir a nuestros amigos y hasta a nuestros adversarios, que la revolución es impotente. No participamos en absoluto de esta opinión. Para nosotros la revolución ha muerto, o mejor dicho, no ha existido nunca para el bien; pero la revolución vive y llena de aliento para labrar la desgracia de todo lo digno, respetable, grande y sagrado que pertenece al sensato pueblo español. A semejanza de las salvajes alimañas, que solo viven para devorar y destruir lo que es útil al hombre, así la revolución ha devorado y destruido en pocos meses el fruto acumulado en treinta y cinco años de gobierno constitucional, de gobierno legítimo, de gobierno que ha conducido a España, a pesar de las contrariedades y luchas inherentes a los sistemas liberales, por la senda de la civilización, del verdadero progreso basado en la meditación, en la ciencia, en la lealtad y el patriotismo. Para devorar y destruir, para eso es lo único que ha servido y sirve la revolución, y ciertamente que es difícil que pudiera servir para nada bueno ese monstruoso engendro, a cuya incubación han concurrido la ignorancia, el olvido y la ingratitude, la traición y la alevosía.

Si los gobiernos de España hubieran sido refractarios a las reformas racionales que han adquirido carta de naturaleza en casi todas las naciones de Europa; si España hubiera conservado a despecho de los adelantos modernos, la misma forma gubernamental que cuando era regida por la dinastía austriaca; si los privilegios hubieran seguido ahondando la división entre las clases de la sociedad, y la diferencia de fuero haciendo de peor condición ante la ley al pobre que al rico, y la inquisición funcionando, y la mayor masa de bienes del país en poder de manos muertas, y el pensamiento encadenado, y la ciencia proscrita, y la industria emparedada, comprenderíamos la razón de un sacudimiento enérgico y vigoroso que hubiera colocado a España a la altura de las demás naciones de su rango.

Pero en España, si se quiere hablar con

buena fe, no sucedía nada de eso. Nadie ignoraba, dentro y fuera de la nación, que apenas bajó a la tumba el rey Fernando, aparecieron nuevos horizontes que paulatina y gradualmente fué iluminando el sol de la España regenerada. Todos saben que la mano de la augusta viuda del postrer monarca, fué la primera que echó el cimiento que sustentó despues el grandioso edificio del derecho nuevo, y que no obstante los estragos de una guerra civil, de la penuria de la Hacienda, el sensible atraso de la instrucción pública, el desconcierto en la administración, la exiguidad de nuestras fuerzas navales, y el silencio de las artes y las letras, el derecho y la legitimidad triunfaron en los campos de batalla, en los parlamentos y en los gabinetes de la Europa liberal.

Sucesiva y gradualmente los gobiernos constitucionales desde 1837 hasta Setiembre de 1868, han demostrado su afán y trabajo de cuanto las circunstancias les han permitido para asegurar la paz, el orden y el engrandecimiento de la patria. En ese gran período de gobierno regular, códigos fundamentales, leyes orgánicas, leyes especiales, reglamentos económico-administrativos, determinaron los derechos y deberes del individuo en la sociedad; desamortizaron grandes riquezas y establecieron sistemas para la cobranza de los tributos y difundir la enseñanza pública. Se celebraron tratados internacionales para favorecer nuestra literatura, fomentar nuestra agricultura y comercio, nuestra naciente industria, y se concordaron solemnemente las relaciones que debían mediar entre la Iglesia y el Estado. Los caminos de hierro vencieron poderosamente la aspereza de nuestro territorio, y tanto ellos como la electricidad, nos han llevado al concierto europeo, poniéndonos en directa e instantánea comunicación con el antiguo y nuevo mundo. Nuestro valiente ejército fué constantemente objeto de esmerada atención por parte de los gobiernos de orden, los cuales proveyeron a sus necesidades, a su instrucción, a su disciplina, y respetaron sus ascensos hasta el punto de que en los últimos años poco antes de la revolución, llegó casi a extinguirse la clase de reemplazo. En cuanto a la marina, requérese al navío Soberano y las trincaduras que mandaba en la costa cantábrica el teniente de navío D. Francisco Armero y Peñaranda, y compárense con los magníficos buques de vela, vapor y acorazados que hoy llevan nuestra bandera por el Mediterráneo, el Océano atlántico, los golfos de la India y los revueltos mares de Asia. Bajo los gobiernos legítimos, la intrépida *Ferrolana* ha circunvalado la tierra, y la invencible *Numancia* ha llevado nuestra insignia por los mares de Colon, de Magallanes y Elcano, de Gama y Balboa, saludado el extremo Oriente y vuelto al hogar patrio por el cabo de Buena Esperanza. Si ha existido algún eclipse parcial en este progreso, ha sido cuando han dominado los revolucionarios.

Estas mejoras y otras muchas, cuya sola indicación sería prolija, han sido fruto de las tareas de gobiernos no revolucionarios a la

manera de los que hoy se usan: todos han avanzado con circunspección, con prudencia por el camino del bien general, y por el seguir avanzando cuando las pasiones irritadas se calmen, y el mutuo convencimiento y el universal interés, restablezcan el derecho, la legitimidad, la paz en las familias, el orden en el público. Pero entre tanto, a nadie es lícito creer que en España había que destruir odiosos privilegios ni corregir abusos graves, porque ni unos ni otros existían, ni podían existir, como no fuera en la ofuscada mente del mas indocto de los vulgos. Todos eran en España iguales ante la ley: a nadie, para salir de la oscuridad, se le preguntaba por su genealogía, ni se examinaba si el color de su sangre era azul, rojo o amarillo: bastábale a cualquiera poseer talento, instrucción, honradez o corazon, para ascender a los primeros puestos del Estado, brillar y distinguirse en la tribuna, en las armas y las letras.

El pensamiento humano lealmente dirigido, podía encontrar en la prensa toda la expansión necesaria para ilustrar al comun de las gentes, para defender el derecho, para censurar errores: el ciudadano honrado y patriótico disfrutaba de una completa libertad en sus movimientos dentro de la legalidad establecida: el que quería trabajar encontraba trabajo, y con el abundante pan; y cuando las calamidades públicas asolaban los pueblos, esterilizaban los campos, o encarecían los artículos de primera necesidad, los gobiernos injuriados por la revolución, en ejercicio de su misión protectora, se apresuraban a enviar consuelos a sus provincias inundadas, a dar aliento a los abatidos agricultores, a entretejer los braceros con utilidad de la nación, improvisando campañas de obras públicas, y a remediar a los menesterosos y desvalidos, fomentando la beneficencia en todos sus ramos, ya asistiéndolos en el domicilio, ya creando hospitales, casas de socorro y otros establecimientos que honran su celo, su previsión y humanidad.

Sin embargo, olvidando tan señaladas muestras de buen gobierno, se ha motejado a varios de los anteriores a la revolución de resistentes, de tiránicos con las oposiciones, y demasiado restrictivos con la prensa. ¡Pluguiera a Dios que esos gobiernos hubieran sido tan resistentes y restrictivos como propalan sus apasionados acusadores! Si tuvieran o no razón para resistir, y hasta un deber imprescindible de hacerlo, diganlo las oscuras maquinaciones que dieron por resultado esas como las de 1848, 1854, 1860, 66, 67 y 68. Y no habrán sido tan rudas y vejatorias las restricciones para la emisión del pensamiento, cuando se puede recordar y leer lo que se ha impreso en todas las épocas contra los hombres mas distinguidos que han representado la política en el gobierno. Lo mismo ha dicho, con la misma destemplanza y acritud, con la misma injusticia ha tratado la prensa a Martínez de la Rosa, que a Mendizábal, que a Toreno; lo mismo al duque de la Victoria, que al de Valencia; lo mismo al de Tetuan que al marqués de Miraflores; lo mismo a Mon que a Pacheco, que a San Luis,

que a Bravo Murillo, que a Gonzalez Brabo, sin mencionar los ataques de mala ley que por encima de los hombres políticos ha dirigido a instituciones sagradas, inviolables e indiscutibles.

Digase la verdad, y convengamos en que si la nación española no era antes de la revolución un paraíso, era, sin embargo, una nación culta que iba desenvolviendo y mejorando sus condiciones en proporcion armónica a su inteligencia, a su virilidad, a sus recursos materiales: una nación en la que el hombre de bien podía vivir tranquilo y seguro, porque solamente los que se colocaban fuera de la ley, los conspiradores, los malhechores, eran los que podían temer, no la tiranía de los gobiernos, sino la severa y recta justicia administrada por los tribunales.

Si, pues, lo que dejamos expuesto, son hechos innegables, tangibles, ¿qué falta hacía en España la revolución? ¿Qué necesidad física ni moral tenía que satisfacer? La nación ha caminado en los últimos treinta y cinco años con toda la velocidad que sus pies le han permitido: obligarla a forzar el paso, era violentarla, rendirla, y dar con ella en tierra. No hacía, pues, falta ninguna la revolución. Y no obstante, la revolución ha llegado.

¿QUE HA HECHO LA REVOLUCION? Lo que no podía menos de hacer; arruinar a España. Revoluciones que no han sido inspiradas por un noble desinterés, por la ciencia práctica, por necesidades que afectan a la vitalidad comun, por un elevado patriotismo, tienen forzosamente que ser perturbadoras, infecundas y desastrosas.

Lo que ha sido la revolución de Setiembre. No descendieramos a ocuparnos del inútil trabajo de incoar el proceso de la revolución, porque ella misma se lo ha formado, y su prensa lo vulgariza.

Pero si la revolución, de la noche a la mañana, se quedara parálitica y su prensa muda, publicaría sus desafueros EL ECO DE ESPAÑA, producido por el clamor de las conciencias atribuladas que denuncia las ruinas de nuestros templos, el sacrilegio atentado a las creencias y costumbres de la católica España; la soledad del trono; los humillantes e inútiles esfuerzos para encontrar un mártir que lo ocupe; el abandono de sus rentas; el desfilirar en triunfo; la emigración del crédito; el principio de autoridad hundido; la propiedad violada; la seguridad individual errante; la depravación en las costumbres; el mas descarado nepotismo en toda la administración; la ignorancia, la duda, la irreverencia, el desconcierto por todas partes; nada útil, nada mediano siquiera, nada aprovechable de esos estadistas, de esos falsos profetas, de esos Julianos del trastorno universal.

¿Bajo qué gobierno de la monarquía constitucional se ha visto España tan oprimida, tan humillada, tan temerosa, tan pobre, afligida y perturbada como lo está hoy bajo la infausta dirección de sus modestos libertadores?

AHORA BIEN:

Abriéndose, como abrigamos el convenci-

visto maltratar a su pobre madre anciana y negar la limosna a los viejos. Y lo que acaba de hacer, contentándose con gritar en la margen del precipicio, cuando un forastero se sacrificaba por salvar la vida de su hermano.... No, Detrowna, de ninguna manera: un hombre malo, un mal hijo, un mal hermano, no puede ser sino un mal marido, y yo no quiero a Pedro Yaroslav.

—¿Qué preguntó el forastero, habla Vd. de ese a quien salvó el hermano?

—Si, contestó Olga.

—¡Ah! dijo el forastero como hablando consigo mismo y clavando los ojos en Olga con tierna y religiosa compasión, ¡ah! ¡qué lástima!

En aquel instante se oían pasos a lo lejos, y Olga se fué alejando hacia aquella parte, diciendo:

—¡Mi padre!

Un momento despues volvió trayendo con mucho trabajo las herramientas de jardinería, de cuya carga alivió al padre.

—¿Quién es ese? preguntó el aldeano ruso, viendo cerca de su cabaña a un individuo cuyo rostro no podía distinguir a causa de la oscuridad.

—Un forastero, un viajero, que haciendo una buena acción, ha perdido su caballo y extraviándose en su camino; contestó al punto Olga.

En seguida le refirió al padre en pocas palabras la historia ya relatada.

—Vd. es un viajero honrado: ¿puedo verle a usted útil en algo? preguntó el aldeano ruso al forastero.

—Volverme a poner en mi camino, contestó el desconocido, riéndose de las últimas palabras del siervo.

(Se continuará.)

FOLLETIN.

OLGA.

GRAN DUQUESA DE RUSIA.

(Siglo décimo.)

II.

EL VIAJERO.

—Tenga Vd. y beba esto, porque me parece que está Vd. muy fatigado, dijo Olga, poniéndose delante del viajero, el cual, preciso es decirlo, tomó con tal avidez aquella bebida, que la joven se sonreía con encantadora gracia.

Luego que el viajero se repuso, estuvo mirando y dando gracias a la atenta persona que con admirable presencia de ánimo y cariñosas sencillez había previsto y cumplido los sagrados deberes de la hospitalidad. En medio de aquellas áridas y rústicas llanuras, en aquella miserable choza donde creía encontrar alguna aldeaña gorda y sucia, de talle corto, cara aplastada y color cobrizo, le pareció que estaba soñando, cuando en vez de este retrato, forjado por su imaginación y por la verosimilitud, vio a una joven blanca, esbelta, pura, vestida sí de aldeana, pero dando a este traje ordinario y tosco toda la elegancia de su persona y todo el encanto de su dulce mirada.

—¿Quién es Vd? le preguntó él en extremo sorprendido.

—Una pobre sierva del gran duque Igor, contestó ella sin sonrojarse, porque ignoraba su hermosura, y no podía sospechar que se sintiera impresionada.

—¡Sierva! repitió con notable extrañeza el joven viajero.

—¿Y Vd. no es, le preguntó Olga, el generoso caballero que ha perdido hoy su caballo por bajar a un precipicio a salvar a un niño?

—¿Pues qué? ¿Vd. sabe?... le dijo el forastero sorprendido.

—Todo, replicó Olga, hasta la última expresión que dijo Vd. a ese ruin Pedro, por todo lo cual lo felicito a Vd. señor.

—¿Joven, si su hermosura me admira, su lenguaje me llama aun mas la atención, le dijo el forastero con los ojos clavados en la joven sierva.

—Mi hermosura, si es que Vd. me halla hermosa, me viene del cielo, contestó Olga, a quien un modesto rubor embellecía aun mas en aquel momento: respecto a mi lenguaje, se lo debo a un hombre muy santo que reside en la villa de Pskow...

Pero dejemos mi hermosura y mi lenguaje, añadió con ademán muy sencillo y pueril.... Vd. quizá viene de lejos y sin duda tiene hambre... Los siervos, señor, son pobres, y mi padre Mirbach es pobre como ellos; sin embargo, ahí debajo de la ceniza hay unas cebollas que están cocinando...

—La comida de tu padre, Olga! gritó con mal modo la vieja Detrowna.

—Hay demasiado para mi padre solo, contestó Olga.

—Pero lo demás es para que comamos nosotros, dijo otra vez la vieja.

—Pues bien, en ese caso puedo ofrecerle mi parte.

—¡Dios mío! dijo Detrowna con aire lastimero, ¡darlo todo así! ¡Ay, ay!, tu padre te consiente y el ermitaño de Pskow te pierde.... Desde que das oídos ese hombre, yo que soy tu Detrowna, tu nodri-

za, que te he alimentado con mi leche, ya no te conozco.

—¿Qué hombre es ese? preguntó el forastero frunciendo las cejas por un sentimiento que Olga estaba muy lejos de comprender.

—Es, señor, un hombre santo y muy venerable, que habla... quisiera que Vd. le oyese hablar.... yo me pasaría toda mi vida oyéndole; porque soy mejor cada vez que me separo de él.... Figúrese Vd., señor, que me refiere la vida de un hombre admirable llamado Jesús, el cual me dice que es el Hijo de Dios, que vino al mundo para enseñarnos con su palabra y con sus ejemplos a ser buenos, y para rescatar nuestros pecados con su muerte; y si lo que dice el padre Pablo es verdad, ningún hombre ha vivido tan santamente ni padecido lo que padeció este divino Salvador Jesucristo, a quien los malos desconocieron, despreciaron y crucificaron.... ¡¡¡barbaros!

—¿Pero ese padre Pablo es algun cristiano? preguntó el forastero.

—No sé si es cristiano, dijo sencillamente Olga; tampoco sé lo que es un cristiano; pero, señor, sé que es el hombre mejor del mundo; que da cuanto tiene, que sufre el calor, el frio y hasta los insultos sin quejarse nunca; que si el hijo de quien le haya hecho daño, da una caída o tiene una enfermedad, el padre Pablo es el primero que está a su lado, lo cuida y lo salva, sin pedir recompensa alguna.

—Lo que yo hago con vosotros, les dice a los que favorece, haceldos unos con otros y seréis benditos.... De este hombre he aprendido yo que todos somos hermanos; que debemos volver bien por mal y ayudarnos mutuamente. Hé aquí, señor, porque, en vez de decirle yo a Vd. como dice Detrowna a cuantos se presentan aquí: «¡siga Vd. su camino!», le ofrezco mi parte de comida.

El joven desconocido parecía estar abismado en una grata sorpresa.

—¿Conque Vd. es hija de un siervo; según eso Vd. es esclava? repitió todavía como dudando.

—Si, contestó Olga sonriéndose.

Pero en esta ocasión su sonrisa tenía cierta expresión de tristeza que llegaba al alma.

—¿Y Vd. se casará con un siervo, con uno que sea esclavo tambien? volvió a preguntar.

—¡Ah! eso no, de ningún modo, dijo la joven esclava con un arranque de indignación y de orgullo que se manifestó claramente en sus grandes ojos azules.

—¿Cuando le digo a Vd. que esta muchacha está loca y que ese viejo cristiano le tiene vuelta la cabeza! repitió la vieja Detrowna. ¿Quiéres tú casarte con un siervo?

—Un señor no me querría, contestó con indiferencia Olga.

—Es claro, como Vd. tampoco querría a un esclavo, dijo el forastero.

—Si, pero no sería por la misma razón, dijo la joven sierva; porque el hombre libre que se casara conmigo, me haría libre.... mientras que si yo me casara con un esclavo, mis hijos serían esclavos.... y por eso no me casaré nunca.

—¡Bah, bah!.... dijo Detrowna, el que acaba de salir de aquí y que te ha perdido esta mañana a tu padre, te hará variar mucho de opinión.

—Ese menos que ningún otro, respondió Olga con sequedad.

—¿Y porque? le preguntó la nodriza.

—Porque no me gusta, dijo Olga.

—¿Y porque no te gusta? replicó la nodriza, siendo joven, guapo, rico....

—Porque es malo, dijo con tono severo Olga, le he

miento de que la revolución no hacia falta en España; reconocemos, que al presentarse en toda su desnudez, ha puesto a la vista su ineptitud, su incapacidad, no solo para regenerar a España, sino para sostener y continuar lo que existía.

Los principios salvadores y de buen gobierno del partido moderado, esos son nuestros principios.

Aspiramos a sostener, por cuantos medios estén a nuestro alcance, la integridad de nuestro credo político.

He aquí nuestra bandera francamente desplegada.

Ella brinda con su sombra a todos los hombres que amen el orden, el decoro, el bienestar públicos, hermanados con la libertad bien entendida.

A nadie excluimos, absolutamente a nadie; ni a militares, ni a civiles, ni aun a los revolucionarios que, instruidos por una experiencia dolorosa, lealmente se conviertan a la buena doctrina.

Solo nos dará pesadumbre la tibieza, la escasa fe en el mantenimiento de las opiniones que cada cual abrigue.

Entretanto, ¡que Dios perdone a la revolución y acoja nuestros votos!

Alea jactu est.

ARBITRIOS MUNICIPALES DE ESPAÑA.

Lógico es que EL ECO DE ESPAÑA se deje oír en los momentos críticos que la Asamblea Constituyente se ocupa de la discusión del proyecto de ley de arbitrios presentado por el señor ministro de Hacienda. La minoría republicana le combate en dos conceptos, porque tiende a restablecer la contribución de consumos que califica de odiosa, y por atentatorio a la libertad del municipio y de la provincia, encerrando a estas corporaciones en el círculo de los artículos determinados en el proyecto, y privándolas así del arbitraje de otros recursos.

Claman los impugnadores porque el gobierno no se apodera de los recargos provinciales y municipales sobre las contribuciones directas, y aunque no aceptamos el calificativo de odioso que inconscientemente una y repetidas veces se ha lanzado sobre el impuesto de consumos, no debemos guardar silencio a vista de lo efímeros y pobres que han de ser en resultados positivos los enunciados arbitrios.

El que respondería, a no dudar, con sus productos, sería el gravamen sobre especies determinadas en todas las poblaciones de grande y mediano censo de habitantes, a no haber pretendido marcarle con el sello del odio, que si bien no ha tenido entrada en el criterio de la parte del país que reconoce los deberes de sociedad, es forzoso que haya alentado a los especuladores y monopolistas para resistir el pago por cuantos medios puede sugerir el arte y la mala fe.

Con la supresión de consumos, se encuentra aislado el gobierno en un círculo de que no puede salir, y afecta desconocer la historia de antiguos é ilusorios arbitrios abandonados por lo mismo al plantearse el actual sistema tributario en que se vino a buscar lo cierto por medio de los recargos sobre las contribuciones directas de que se despoja hoy a los municipios, y sobre el impuesto de consumos que anatematizado de la manera que lo está, se quiere utilicen estas corporaciones. Las de los grandes centros de población los utilizarán, sin embargo, con preferencia a los demás arbitrios de la serie y orden proyectado por el señor ministro de Hacienda; pues no han debido olvidar los infructuosos ensayos anteriores a la adopción de recargos, y la limitación que por lo tanto estableció la instrucción de 8 de Junio de 1847 respecto a arbitrios.

Las necesidades cada día mas crecientes, y sin que se interprete de retroceso en las ideas, vendrán a restablecer la contribución de consumos mas o menos tarde en beneficio del Estado y de los municipios y provincias, cediendo al irresistible impulso de la conveniencia, en las grandes poblaciones, bajo la forma del derecho de puertas, modificando su administración. No sucederá lo mismo en los pueblos de escaso vecindario. Estos no tienen otros recursos para sus atenciones naturales que los recargos sobre la propiedad, los arrendamientos, la ganadería y la industria.

En el Reino Unido de la Gran-Bretaña concurren los productos de consumos ó contribuciones indirectas con el 60 por 100 aproximadamente al total de los ingresos para el Estado en general, y con el 40 las demás rentas y objetos de imposiciones, entre los cuales aparece gravada solo con el 15 por 100 la propiedad territorial, y el 17 la riqueza mueble ó provechos industriales y comerciales, en tanto que las contribuciones ó impuestos directos son el principal y casi único medio usado para atender a los gastos de las administraciones locales que vienen a percibir una tercera parte mas que el Estado para el servicio público.

Si la organización social y administrativa del Reino Unido, Inglaterra, Grecia é Irlanda, y las costumbres en el régimen tributario, así como el respeto a los deberes, ofrecen al mundo el grandioso espectáculo de un pueblo rico que impone sobre la propiedad los gastos locales, ¿por qué no se le imita en España, lejos de privar a los municipios y diputaciones provinciales de los recargos sobre la misma base, particularmente en los pueblos esencialmente agrícolas, después de veinticuatro años de práctica? En este tiempo se han obtenido importantes adelantos, que merecen especial estudio para mejorar lo existente en vez de destruirle, dejándose arrebatar por el espíritu reformista impremeditado. Continúa-

remos ocupándonos en sucesivos artículos de las cuestiones económicas.

Consideramos a la Hacienda de las naciones como el termómetro que marca mas fielmente el grado de civilización, de cultura y bienestar de las naciones. Los pueblos no pueden ser grandes, prósperos ni felices, sin que florezca su agricultura, fuente inagotable de riqueza; sin que su industria, transformando las primeras materias, las de doble valor del que tenían, satisfaciendo así las mil necesidades y exigencias de la vida; y por último, sin que el comercio como poderoso y robusto auxiliar, no reparta, difunda y distribuya los productos de tan ricos venenos. Sobre estas tres bases firmísimas descansa la prosperidad pública, sin que jamás los individuos ni las naciones dejen de sentir hasta sus mas pequeñas pulsaciones: tanto y tan imponderablemente les afecta cuanto se relaciona con sus necesidades, sus comodidades y sus placeres, que son en último término el objeto anhelado de la vida. Por esto los gobiernos deben cifrar todo su empeño en que aquellas no abatan sin violento, antes por el contrario, sigan su floreciente y rápida prosperidad. Los pueblos y los gobiernos que, olvidando estos sencillos axiomas, abandonan las corrientes benéficas de la actividad, de la inteligencia y del trabajo, y siguen las locas utopías de los sonadores, cuyas aspiraciones son hijas de los extravíos de su razón, bajan y descienden en el termómetro social. Así aconteció en lo antiguo a la Grecia, a los fenicios y al pueblo romano: fueron ricos y grandes, mientras no olvidaron sus costumbres austeras; pero desde el momento en que se entregaron al ciego furor de las pasiones políticas, y desde el día en que administraron mal sus preciados intereses, surgieron las ambiciones y las discordias, engendraron las guerras desastrosas, cegaron las fuentes de su prosperidad, y sepultaron en la nada su admirable grandeza.

De aquí la necesidad que tiene todo gobierno justo de hacerse solidario de los intereses morales y materiales que administra, a ejemplo de Inglaterra, cuya prosperidad fastuosa es dirigida y encauzada siempre por la corriente de sus costumbres; a semejanza de la Francia, rica y floreciente merced a la previsión de sus gobiernos y al respeto que consagran a las leyes económicas que han elevado tanto la riqueza de su suelo, de su comercio y de su industria; a ejemplo, por último, de ese pueblo cosmopolita que al otro lado del Océano está realizando y resolviendo con admirable perseverancia el problema difícil de hermanar la exageración de las ideas sociales con la utilidad y provecho individual, al que, en último caso, lo sacrificaban todo.

La España de nuestros días, que debía inspirarse en esos grandes modelos, conservando sus costumbres, desoye tan elocuentes lecciones, y gulfada fatalmente por los hombres que en la actualidad imperan, prefiere, a los verdaderos intereses sociales, las ideas políticas; a la fructuosa riqueza, el progreso exagerado y mal entendido. Esclavos de los principios que quieren acimular en suelo árido para tales utopías, van secando, sin advertirlo quizás, las copiosas fuentes de la producción, y arrojando al viento de la popularidad mas efímera, el crédito, los tesoros, el bienestar y la fortuna del país. Condenar, pues, tan absurdo y criminal sistema; combatir calorosamente el abismo insondable que abre la hacienda regeneradora de la revolución, cuyo soplo quemaba chanto foca; advertir, corregir y criticar, con desapasionado intento los mil y un yerros en que indudablemente han de caer, tal será nuestra misión, inspirándonos para esto en las tradiciones del gran partido conservador, único que en el estado actual de la Hacienda puede sacarla a puerto seguro de salvación.

Nuestro diario y continuo trabajo no se limitará a esto solo, sino que en frente de tantas negaciones opondremos las únicas soluciones salvadoras que reclaman imperiosa el abatimiento de nuestro crédito, la paralización de la industria, la ruina del comercio y nuestra hoy perdida agricultura. No rechazaremos los adelantos modernos de la ciencia económica, inseparables del progreso social; pero con la prudencia que aconseja la razón, y con el criterio, que será nuestra norma invariable, de respetar los intereses creados hasta donde sea legítimo, lícito y posible. Sabe nuestro partido por una triste experiencia que, las medidas económicas no producen siempre los mismos resultados, y que soluciones satisfactorias en el estado sereno y próspero de un país que entupiecan su vitalidad creadora, son irrealizables en situaciones borascosas y difíciles. De aquí la creencia que abrigamos de ser hoy forzosa la necesidad de salirse algún tanto de las doctrinas económicas que, por su bondad y perfección han seguido anteriormente los hombres mas eminentes del partido conservador, sin que se entienda por esto que las rechazamos en absoluto.

Hay que restañar la honda herida abierta en nuestro crédito, y por esto que condenamos para en adelante toda emisión de Deuda pública. A dicho fin, hoy como mañana, si el poder pasara a manos de nuestro partido, le aconsejariamos que de una vez para siempre cerrase las desconsoladoras páginas del gran libro: es el único medio de no profundizar mas y mas el abismo que se abre a nuestras plantas, y en donde todos, absolutamente todos, sepultaríamos nuestro porvenir, nuestra producción, nuestra riqueza, y hasta la autonomía de nuestro país. Hay que nivelar sobre todo los presupuestos para que las fuerzas vivas de aquel no se consuman inútil y estérilmente en vanos esfuerzos de actividad, de inteligencia y de trabajo.

Todo esto motiva y exige las economías mas rigurosas y sensibles, pero con igualdad y proporcionalidad estrictas; respetando derechos, estirpando abusos y corrigiendo lo que no puede tener razón de ser, dada nuestra precaria y lamentable situación económica.

ca. Hija esta de los delirios y exaltación de los partidos radicales, nos impone dolorosos sacrificios, a los que seguramente responderán todas las clases, desde el ejército, modelo de sobriedad y de amor cívico, hasta el clero cuyo sustento se le disputa hoy y cuyo desdén ha sido en todos tiempos tan grande como su caridad. Hay que responder al justo y sentido clamor que se levanta, de que las cargas públicas son desproporcionadas a las fuerzas productoras de la nación, queja en verdad bien amarga y elocuente, y para esto la necesidad de una estadística exacta de la riqueza territorial, realizada en breve y encomendada única y exclusivamente a los cuerpos facultativos del ejército que la ultimarian mejor, mas perfecta y mas rápidamente, sin direcciones costosas, aprendizajes onerosos ni aun sacrificios pecuniarios. Así llegaríamos rápidamente a conseguir la perfecta igualdad en los repartimientos, y a que la contribución territorial se encerrase en los límites a que el partido moderado la circunscribió un tiempo.

Hay que explotar nuestros recursos sin que estos se evaporen y vayan a perderse inútilmente en el océano de la inmundicia. Para su logro hay que restaurar las explotaciones conocidas, como nos enseña la historia económica de los pueblos mas ricos y florecientes; pero todo sin sacrificar el pensamiento a la forma, que para nosotros puede ser mudable y varia, como lo son los adelantos, el progreso y las necesidades de los pueblos. Por último, nada de suprimir un recurso sin crear otro de igual importancia y mas perfecto, o sin que lo permita el excedente del presupuesto, por haber olvidado este sencillo axioma yacen hoy en el polvo tantas fortunas y tantos derechos respetabilísimos.

Como resultado de estas soluciones, en cuyos dos polos se leen las verdaderas máximas de la ciencia económica aplicada a las naciones, todo para la nivelación del presupuesto, todo por la utilidad pública, será la obligación de presentar a las Cortes anualmente y en época fija la redacción de los presupuestos, y los que no podrán plantearse sin ser aprobados, no menos que la necesidad obligatoria de exhibir las cuentas de cada gestión económica, a los seis meses de concluida esta. Se conseguirá elevar el crédito y llegar a la unificación de la deuda pública, de imperiosa y absoluta urgencia, pero de difícil y arriesgada realización, si el crédito con su irresistible fuerza no viene a allanar los abismos que existen en el aspero camino que para lograrlo hay necesidad de recorrer. Simplificar en los servicios; supresión de muchos y viciosos trámites; responsabilidad directa en todos los funcionarios para armonizar la sencilla y rápida del expediente, con la defensa y custodia de toda clase de intereses; rigoroso escrutinio en los empleados de Hacienda, en el sentido de que estos no puedan improvisarse, sino ascendiendo en la escala por antigüedad, grandes servicios ó rara inteligencia; tales serán las consecuencias de la buena y fructuosa gestión económica que opondremos, robustecida y escudada por último con un gran jurado que juzgue, absuelva ó condene a todos los que rebasen un ápice la línea de sus atribuciones, a fin de que la santa y codiciada moralidad venga como una segunda y sabia Providencia a suplir la pequeñez de las fuerzas humanas y la impresión de los partidos en materias tan áridas y complejas. Realizado cuanto a grandes rasgos hemos reseñado brevemente, es firme y seguro que, en un corto tiempo, la nivelación del presupuesto será un hecho práctico, y la prosperidad de la agricultura, de las artes, de la industria y del comercio, renacerá como el fenix de sus cenizas, para asegurar y perpetuar las doctrinas del gran partido conservador.

Al empezar nuestras tareas nos ha parecido conveniente hacer un examen general de la situación revolucionaria, y presentar a los ojos de nuestros lectores el cuadro horrible de desolación a que camina la infeliz España.

Hemos dicho que como comprobante irrecusable de nuestros asertos, publicariamos los artículos mas notables de los periódicos de la situación misma que todos los días nos han de dar razón de nuestros juicios y apreciaciones.

No hemos tardado en poder cumplir nuestra oferta.

A continuación verán nuestros lectores un precioso artículo de *La Política*, tratando de mano maestra, y con colorido exacto, la situación de las provincias, es decir, la situación de España.

Lo que parece increíble es que escritores de talento y de valor para emitir así sus opiniones, hagan gala de ser partidarios aun de la revolución de Setiembre, causa de tantos males.

Lo lógico y natural sería que quienes así piensan y escriben, se apartaran al instante de un estado de cosas que aflige y desgasta el corazón.

Pero la perturbación es tan grande y tan general, que aun los que dicen que esto es insuperable, aprueban lo insuperable y se hacen voluntariamente responsables y cómplices.

He aquí el artículo de *La Política*:

CLAMORES DE LAS PROVINCIAS.

Asignáramos anteayer que en Madrid, metrópoli de la revolución de las interinidades, no ocurría nada de lo que daban a entender los agoreros y los galateros políticos, y, para expresar gráficamente nuestra idea, dijimos que lo que muchos tomaban como nubes preñadas de tempestades no era mas que inofensiva niebla, hija del miedo y de la duda que trabajan a los hombres mas prudentes de los tres partidos conciliados.

Pero, en cambio, dejamos de decir anteayer, y las continuas excitaciones que recibimos por el correo nos obligan a decir hoy, que en provincias, donde las situaciones políticas se aprecian desde un punto de vista mas sintético y general, por lo mismo que se observan desde lejos y en conjunto, ese miedo salubridad de Madrid es profunda alarma y creciente sobresalto, esa pru-

dente duda es inquietud y zozobra, y esa niebla es paurosa cerrazón de amenazadoras nubes que lanzan rayos y truenos y amenazan con la desolación y la ruina.

En provincias, con un sentido mas práctico que el que predomina en la corte, solo se atienden a los resultados, y los resultados de nuestros errores son allí siempre mas positivos, mas directos, mas materiales y tangibles.

Madrid es un pueblo artificial que tiene recursos empíricos para casi todas las calamidades: los restos del tesoro de la nación que aprovecha con una irritante prioridad para sobrelevar las épocas de pobreza y carestía; veinte mil soldados de guarnición para librarse de las consecuencias del desorden y el desgobierno; la flor de los hombres cultos y sensatos de todo el país para oponerlos a las insensateces y barbarie del estraviado espíritu de los proletarios; una milicia ciudadana, que es un elemento conservador, cualesquiera que sean sus ideas, pues se deja influir por la atmósfera de civilización que radia siempre en las grandes capitales, y otros muchos elementos extraordinarios con que defienden la libertad, la propiedad, la seguridad personal, lo mismo contra los excesos del poder que contra la tiranía de las turbas.

Peró en provincias, cuando se relajan los vínculos sociales, cuando pierde su prestigio el principio de autoridad, cuando se hunde el crédito, cuando falta el trabajo, cuando sobreviene la miseria, cuando se desorganiza la administración, cuando por su respeto el desorden y la anarquía, no hay fuerza que baste a hacer respetar la ley en todas las ciudades, en todas las villas, en todas las aldeas, no hay recursos contra los apuros municipales ó las crisis sociales, todo se subvierte, todo se confunde, todo se aniquila en los abismos de un verdadero caos.

Esta es hoy la situación de casi toda la nación, según vemos en los periódicos, en las cartas y en la relación de los viajeros que llegan de los cuatro ángulos de la proyectada monarquía. En la esfera política, la tiranía, el exclusivismo, la intolerancia de un partido que, en nombre de la libertad, avasalla y atropella a todos los ciudadanos que piensan de diferente modo; autoridades arbitrarias é ignorantes, improvisadas por el tumulto callejero ó por el favor ministerial; corporaciones provinciales é ignorantes, hijas del bullicio, divorciadas de las clases que constituyen el nervio, la riqueza, el pensamiento del país, y batallones de la milicia, especie de genizaros de la revolución, que ejercen un feroz despotismo, como delegados naturales de la salustiana licencia que ellos creen entronizada sobre las ruinas de los Borbones.

En el orden económico, contribuciones suprimidas, ayuntamientos sin arbitrios, los contribuyentes resistiéndose a pagar, no solo el impuesto nuevo, sino también los antiguos que subsisten; el contrabando ejercido públicamente; derramas discrecionales y forzosas repartidas sobre los hombres acomodados, a ojo de buen cubero, para repartir a los quintos del servicio de las armas ó para hacer frente a las calamidades públicas; las clases activas y pasivas sin pagar, menos las que inmediatamente están relacionadas con la oligarquía que no rige; el militar retirado, el venerable sacerdote, la pobre viuda, el benemérito jubilado pidiendo limosna; el contrabista de obras ó servicios públicos no pudiendo cobrar del Estado lo que le adelantó de su peculio particular, y arruinándose, quebrando, sucumbiendo, sin conseguir que las tesorerías hagan efectivos los libramientos de la administración. En todos los órdenes, en fin, el capricho, el desconcierto, la arbitrariedad, la asonada, la preston de los muchos sobre los mejores imperando sobre la ley, sobre la equidad y sobre todos los mas respetables sentimientos en nombre de la libertad.

En presencia de tantos males, ó afligidos mas bien bajo tales plagas, todos los hombres sensatos de las provincias, todos los ciudadanos honrados, todos los que tienen algo que perder en sus intereses ó en sus afecciones, todos los que aman la paz y el orden, todos los que desean la verdadera libertad, se rien amargamente al oír decir a los madrileños que la situación marcha maravillosamente, fundándose en que la conciliación subsiste, ó en que se ha conseguido aplazar la cuestión de monarca, ó en que se han declarado libres y abiertas tales ó cuales cuestiones políticas, ó en que se ha reemplazado a estos ó aquellos empleados de origen reaccionario con liberales consecuentes de la Origen reaccionario.

Y es que en las provincias comprenden que la inmovilidad y el marasmo que existen en el fondo de ese perfil ó criminal optimismo de los hombres de la corte no hacen mas que perpetuar y precipitar el estado de desquiciamiento en que se halla la nación, prestando alas, ora a los impetuosos republicanos federales, ora a los nubes arrependidos clericales, ora a la vengativa restauración para venir a aumentar las calamidades actuales con nuevos trastornos, con nuevos horrores, con mayores y mas irremediables estragos. Piden, pues, las provincias é grito herido que se ponga fin a este período de confusión y anarquía; que cese la interinidad; que se elija un rey; que se haga la necesaria separación entre la ley y los hombres políticos, esto es, que los hombres de un determinado partido dejen de ser la misma ley; que pase esta fatídica dictadura; que recobre su imperio la verdadera libertad; que no haya en la nación otras instituciones permanentes que las que establece la Constitución; que el ministerio responsable pierda su carácter de inamovible, de inviolable de hecho, de fatalmente necesario... y que, haciéndose así el orden en los poderes, pueda restablecerse en todas las esferas de la administración y hasta en las últimas capas de la sociedad.

A los monárquicos sin trono ni monarca, les sucede lo que a aquel que llevaba el paño al hombro aguardando la última moda. El pobre hombre tenía paño, pero andaba en cueros. Así el gobierno actual tiene su correspondiente artículo 33 en la Constitución, es monárquico, se pone furioso con los republicanos porque combaten a estos monárquicos de paja, y sin embargo, no arriba jamás a tener rey. ¡Tormento horrible! Verdadero Quijote de una monarquía imposible, el gobierno no logra ver a su Dulcinea.

Para entretener a la Tertulia progresista el gobierno propone este juego de prendas.

Es preciso hacer de una situación interina otra definitiva. Busquemos rey. La Tertulia forma corro, Ruiz Zorrilla se coloca en medio, le vendan los ojos, y le piden que busque un rey. Imposible, el juego no dá resultado.

Entonces cambia la escena. El gobierno propone la conveniencia de las leyes orgánicas con preferencia a la organización definitiva.

Resultado: una tertulia y juegos de prendas.

Todos los periódicos han anunciado las dificultades de que se ha visto rodeado el gobierno cuando ha tratado de poner en planta el descuento gradual. Parece que algunos cuerpos del ejército han enseñado a los dientes, no en señal de risa sino de descontento, y el gobierno, con la energía que le caracteriza, ha bajado la cabeza, ha cedido, y no habrá ni siquiera la igualdad del descuento.

Tenemos motivo para creer que esto es cierto, porque habiéndolo preguntado varios colegas, nadie contesta satisfactoriamente.

Las cosas se compensarán no pagando al clero.

El gobierno ha presentado hoy a las Cortes el proyecto de ley de quintas. Ya nos ocuparemos de este asunto.

Por hoy nos conviene recordar que los progresistas ofrecen gobernar sin quintas; el año pasado dijeron que sería la última quinta; ahora dirán que este año será el último, y tienen razón, porque como es difícil que este continúe un año mas, se reservarán para cuando vuelvan a conspirar el decir que el pobre pueblo no debe contribuir con la sangre de sus hijos. Dudamos que haya quien les crea en lo sucesivo. Esta es la última prueba.

Un periódico de la situación cuyo inspirador se supone ser el Sr. Topete, dá la noticia de haber desparecido otros tapices y varios objetos que no cita, de los pertenecientes al «Patrimonio que fué de la Corona». La circunstancia de ser *El País* quien dá la noticia de esta nueva desaparición de objetos de Palacio nos evita hacer comentario alguno, puesto que la enunciacón de este hecho por los amigos de la situación, revela la moralidad de los empleados de la revolución que así se conducen.

Dice *La Opinión Nacional* que rechazando todas aquellas candidaturas inglesas y alemanas, italianas y portuguesas, candidaturas de personajes que podrán ser excelentes príncipes en sus respectivos países, pero que serían en el nuestro detestables reyes, ha interpretado fielmente el sentimiento nacional.

A esto añade *La Discusión*:

«Claro! El sentimiento nacional pugna abiertamente con esa institución que aquí pretenden levantar los que aun no han conocido las aspiraciones y las necesidades de la patria. Prueba de esto es el desprestigio en que han caído al instante cuantas candidaturas se han presentado, y prueba de esto es también la repugnancia con que el pueblo mira las aspiraciones del duque de Montpensier, a ocupar el trono de España; aspiraciones que le han valido una impopularidad intensa y una derrota vergonzosa en las últimas elecciones de Asturias.»

Cierto, decimos también nosotros, es el desprestigio en que han caído las candidaturas que se han presentado, y ciertísima la repugnancia con que el pueblo mira las aspiraciones del duque de Montpensier.

«Hay quien espera que los unionistas secunden los propósitos de los progresistas en punto a reformas revolucionarias.»

¡Ilusión! El partido unionista no es ni será revolucionario. Esperar que la unión liberal acepte de grado las soluciones radicales, es perder lastimosamente el tiempo.

Esto dice un diario republicano que *Quantum mutatus es ille*. Qué se hicieron aquellas protestas de fraternidad entre los tres partidos revolucionarios, aquella decantada abnegación que se reconocía en todos, aquella lealtad que unos a otros se atribuían? Después de todo, ¿parecen que *La Discusión* se equivoca? ¿Por qué no aceptaría la unión las soluciones radicales? ¿No ha aceptado los principios democráticos? ¿Acepta a Montpensier y de seguro la unión no dejará nada que desear en punto a aceptaciones?

Dice *La Correspondencia*:

«El País dice que el Sr. Topete, celoso como el mas por los intereses de sus subordinados, ha estado y está diariamente gestionando para que a las dependencias de Marina se les abonen todas las pagas atrasadas, colocadas al nivel de las demás clases del Estado. Para conseguirlo el Sr. Topete ha recurrido al señor ministro de Hacienda y espera ver satisfechos sus deseos antes de muchos días.»

Y añade un colega:

«En el Ferrol se deben tres mensualidades a las clases activas del departamento y cuatro a las pasivas. El comandante general del departamento y el del arsenal han dicho al ministro que si en todo el mes actual no satisfacen a las clases activas y pasivas las mensualidades de noviembre y diciembre del año último, se sirva nombrarles sádocos.»

Mucho dudamos que el Sr. Figuerola pueda satisfacer los deseos del Sr. Topete ni de nadie en materia de pagos atrasados, como no sea perjudicando unas clases para contentar otras como ya sucede en el día. El crédito del Sr. Figuerola se perdió hace mucho tiempo, y no saber decir otra cosa, sino que los moderados fueron los que dejaron esos descabiertos.

Pero el Sr. Figuerola predica en desierto, puesto que es sabido por todo el mundo que los moderados dejaron créditos y fondos para que la revolución pudiera satisfacer sus compromisos.

Triste recurso es al que siempre apela el ministro sábio y sus adláteres!

Un periódico republicano dirige a los progresistas la siguiente invitación:

«Lo que se ha de hacer, hágase. Las dilaciones son perjudiciales casi siempre. Tenga esto presente el partido progresista. Es necesario no tender la mano de amigo a embusteros enemigos. Nos referimos con esto a los unionistas. Es preciso poner cuanto antes a discusión los proyectos de ley de Gracia y Justicia. De esta manera quedarán del todo fuera de la revolución hombres que nunca fueron revolucionarios, ó se verán precisados a marchar con la corriente aceptando todas las reformas.»

Y los progresistas no rechazan estos consejos, puesto que un órgano de este partido dice de los unionistas:

«Están en el poder es su idea; mandar es su aspiración; ahogar los legítimos derechos del pueblo han sido siempre su fin; fusilar al pueblo en masa cuando el pueblo pedía libertad han sido todas sus medidas liberales. ¿Volver a unirnos a ellos? ¡Nunca! Los borbonistas que manchan sus banderas no deben manchar las nuestras.»

La amistad con esos hombres de manchada historia sería para nosotros una ignominia. La guerra mas truída a esa clase de reaccionarios es la mejor prueba que podemos dar de amor al pueblo.

Sentimos haber estado por algún tiempo estrechando su mano; pero a tiempo hemos retirado la nuestra: la mas grande impopularidad hubiera caído sobre el noble partido progresista si hubiéramos continuado el trato con esos tiranuelos disfrazados de patriotas.

Que seamos cautos con los republicanos nos aconsejan los órganos de la unión. ¡Hábil es el animal, pero no produce efecto! Fuera de su inacción por el triunfo de su causa, lo cual les hace cometer errores, los republicanos son defensores de la libertad, son hijos del pueblo y sienten su corazón latir de patriotismo: ellos quieren la regeneración social que tambien nosotros anhelamos, la regeneración social formada por reformas políticas como «la abolición de la pena de muerte, la abolición de las quintas y matrículas de mar, la libertad de enseñanza, el matrimonio civil, los derechos pri-

Al saberse en el barrio latino la prisión de Rochefort los concurrentes abandonaron instantáneamente los cafés, pero sin que ocurriese el mas ligero desorden, tanto que cuando la guardia municipal de caballería subió a las 11 y media de la noche al boulevard de San Miguel lo halló mas solitario aun que de costumbre.

Los ministros de Justicia y del interior reunidos en la prefectura de policía recibían noticias cada cuarto de hora.

Que el gabinete francés no ha dado gran importancia a las ocurrencias de la noche del 8 lo prueba que al día siguiente el Consejo de Estado debió reunirse para seguir discutiendo el proyecto de ley sobre la abolición definitiva de la ley de seguridad general de 1858.

De los 500 individuos presos durante las turbulencias solo 153 habían sido conducidos hasta el 9 a la cárcel de la Conserjería, quedando los demás detenidos en la alcaldía de la calle Dronot y en el cuartel del príncipe Eugenio.

La noticia de la traslación a Vincennes de Mr. de Rochefort que se esparció por París, viene desmentida por la *France* que asegura que el diputado irrecconciliable continuaba preso en Santa Pelagia.

En Austria los centralistas alemanes se agitan mucho para hacer fracasar las esperanzas de los autonomistas polacos y aun se asegura que un diputado de la Bulkovina, presentará una moción en el Reichstag pidiendo que se hagan extensivas a las demás provincias del imperio las franquicias que tratan de concederse a la Galitzia; pero los diputados polacos conociendo el lazo que se les tiende, se han negado rotundamente a apoyarla.

En Viena se sabía que los obreros impresores de Pesth se habían declarado en huelga. También los cajistas de todas las imprentas de la capital de Austria habían acordado suspender sus trabajos trascurridos 15 días, sino se les aumentaba en 25 por 100 su salario.

En la Cámara baja del Reichstag se presentó el 7 una proposición suscrita por Mr. Reebhaner y que apoyó su autor pidiendo la abolición del Concordato y el establecimiento del matrimonio civil. Esta proposición, a petición del gobierno y de los miembros polacos de la Cámara pasó a una comisión compuesta de quince diputados. En la misma sesión se aprobó sin discusión la convención comercial con Inglaterra.

Los periódicos extranjeros no contienen noticia alguna de Italia.

En los Estados Unidos tampoco ocurría nada que sea digno de mención. Había llegado a Washington el príncipe Arturo de Inglaterra, que era objeto de gran curiosidad por parte de la población, que, sin embargo, respetaba el deseo del príncipe de vivir de una manera retirada, sin dejar por eso de haber hecho una visita al presidente, después de la cual, se dirigió al palacio del Congreso, y tener a su mesa el 3 del corriente a todos los miembros del gabinete, al vicepresidente del Senado y al senador Sumner, recibiendo después de la comida a las familias de sus convidados. El príncipe está alojado en casa de Mr. Hornton.

Antes de ayer se verificó la apertura del Parlamento británico, leyéndose el siguiente discurso que había sido sometido a la aprobación regia en el Consejo del sábado último.

«Milores y señores: Hemos recibido de S. M. la reina la orden de invitarnos a reanudar vuestras difíciles tareas, y expresaros al mismo tiempo el pesar que experimenta de no poder, por consecuencia de una indisposición reciente, venir en persona a inaugurar nuestros debates, cuando los negocios públicos ofrecen tan notable interés.

«Los sentimientos amistosos que hacia nosotros profesan todos los países extranjeros, y que responden a los que respecto de ellos animan a S. M., la tendencia mas marcada de día en día de las naciones, a recurrir a los buenos oficios de sus aliados en los casos en que pueden sobrevenir conflictos internacionales, el espíritu de conciliación que en los últimos tiempos ha presidido al estudio y arreglo de las cuestiones de esta índole, son circunstancias que alientan en confianza que S. M. abraza en la conservación de la paz general.

«Se os presentarán los documentos relativos a los sucesos ocurridos últimamente en Nueva Zelanda.

«Señores de la Cámara de los Comunes: El estado estimativo del presupuesto del año próximo se encuentra muy adelantado; formado principalmente con el objeto de asegurar la conservación de los servicios públicos, impondrá, sin embargo, a los súbditos de S. M. cargas menos gravosas que en años anteriores.

«Los ingresos han estado en relación con los cálculos que os presentamos en la última legislatura.

«S. M. espera que procurareis terminar la investigación comenzada el año último para examinar el sistema de elecciones parlamentarias y municipales, preparando de este modo para una época no lejana, los elementos de leyes provechosas.

«Milores y señores: Se os propundrá la reforma de las leyes relativas a la ocupación y adquisición de la propiedad territorial en condiciones que guarden armonía con las circunstancias especiales de este país, y calculadas de modo que mejoren las relaciones existentes entre las diversas clases interesadas en la agricultura, clases que constituyen colectivamente la gran mayoría de la población, luego que estas medidas hayan sido maduras con vuestra imparcialidad y sabiduría, espera S. M. que contribuyan a inspirar a los individuos en quienes no han penetrado aun estos sentimientos, aquella firme confianza en la ley y en aquel deseo de conducir eficazmente a su cumplimiento que caracterizan en general a los súbditos de V. M., contribuyendo así a consolidar la constitución del imperio británico.

«También hemos recibido de S. M. el encargo de manifestaros, que otras cuestiones de interés público reclaman asimismo vuestra atención, y entre otras os anunciaremos la presentación de un bill para desarrollar en grande escala la educación nacional.

«Para cumplir un compromiso contraído con el gobierno de los Estados Unidos, se os presentará un bill que tendrá por objeto arreglar el estado social de los súbditos o ciudadanos extranjeros, que deseen obtener carta de naturaleza. También se os invitará a estudiar otros proyectos encaminados a mejorar la organización y el procedimiento de los tribunales superiores de primera y segunda instancia.

«La cuestión del juramento religioso en las universidades y colegios de Oxford y de Cambridge viene estando en tela de juicio hace muchos años; la reina desea que recaiga acerca de ella una medida legislativa capaz de contribuir al engrandecimiento de estas seculares instituciones, y generalizar el respeto que con justos títulos inspiran.

«Así mismo se os presentarán proyectos para facilitar la transmisión de la propiedad inmueble, para arreglar las sucesiones ab intestato, para reformar las leyes relativas a las incapacidades de individuos, pertenecientes a asociaciones obreras, y para consolidar y mejorar los estatutos que se rigen la marina mercante.

«S. M. nos encarga deciros que ha visto con dolorosa inquietud el aumento de los crímenes agrarios en diversos puntos de Irlanda, y los males que son su natural consecuencia.

«Para conseguir su desaparición S. M. confía principalmente en la influencia continua de las reformas legislativas prudentes y necesarias, pero no vacilará en recomendar la adopción de medidas especiales, para los casos que ocurran durante la legislatura, que exijan su aplicación en interés del orden y la tranquilidad.

«Para esto y para todo lo demás, la reina pide con fervor que acompañe siempre a vuestros trabajos la bendición de Dios Todopoderoso.

Este discurso solo nos sugiere la siguiente reflexión: ¡Dichoso país cuyos legisladores en tales y tan útiles cosas ocupan!

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

París, 9 (a las 10 y 10 de la noche, recibido el 10 a la una y media de la tarde y remitido a la Agencia, por un abuso inculcable, a las seis de la noche.)

Graves acontecimientos han tenido lugar en el arrabal de Saint-Maur. Una lucha empeñada empezó anoche en dicho barrio, y los perturbadores han levantado muchas barricadas que han defendido con energía.

Las tropas de infantería, apoyadas por cargas de caballería, se han apoderado de todas las barricadas.

El número de muertos y heridos es de 150 poco mas o menos.

Luchas menos importantes han tenido lugar en otros barrios, pero en el centro de la capital la tranquilidad no ha sido hasta ahora perturbada.

En votación nominal se desechó la enmienda por 47 votos contra 31.

En votación ordinaria se aprobó el art. 1.º del capítulo 30.

Se pidió la votación nominal del art. 2.º.

El señor presidente del CONSEJO espuso que los mi-

litar que estaban en posesión de la cruz de San Fernando, la adquirieron con juicio contradictorio.

El Sr. RUIZ DE GARCIA dijo que se iba a votar el artículo como estaba acordado.

En votación nominal se aprobó el artículo por 63 votos contra 19.

El Sr. CASTELLAR apoyó una enmienda al capítulo 31, gastos de una quinta para que fuese la última y para que se organizase el ejército, manifestando que el capítulo era una amenaza y una amenaza próxima de una nueva quinta que no podía votarse cualquiera que fuese la forma en que se presentase, puesto que la opinión era contraria a la idea de las quintas, incompatible con la Constitución y con la dignidad de la personalidad humana.

Calificó de inútil y perverso el sistema de quintas, funesto legado, dijo de Napoleón I, 6 hizo, en su demostración, algunos recuerdos de la historia francesa.

Y manifestó que el ejército no servía en España para mantener el orden público, y si para grandes cabalas. Que las direcciones generales de las armas creaban un feudalismo militar. Que las capitánías generales eran la sombra de los antiguos virreyes; los comandantes generales gobernadores, y los comandantes de plaza alcaldes. Que las plazas fuertes, llamadas muchas de ellas plazas flojas, por un director de ingenieros, eran inútiles en los tiempos modernos. Que no debía haber mas que una escuela, caso de convenir en la conveniencia de la enseñanza militar oficial. Que el presupuesto de la Guerra elevaba a 400 millones, a pesar de no consignarse mas que 300. Y que debía formarse el ejército de ciudadanos, como el de Suiza, cuyo organismo explicó.

El señor presidente del CONSEJO espuso que reconocía la pericia del Sr. Castellar en los asuntos militares, no pudiendo, sin embargo, aceptar su enmienda porque se necesitaba un ejército permanente para combatir en el interior a las fracciones políticas que se levantaban contra la constitución y para la defensa de la sociedad, y porque era necesaria la quinta mientras no hubiese otro medio con que sustituirla, no habiendo ofrecido por lo mismo, en ningún caso, la abolición de las quintas.

No recibió traer los proyectos de ley, objeto de la enmienda, que se leía a la Cámara se desechase.

Se desechó la enmienda en votación ordinaria.

Y se levantó la sesión.

Erán las doce y cuarto.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

Erán las doce y cuarto.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

litar que estaban en posesión de la cruz de San Fernando, la adquirieron con juicio contradictorio.

El Sr. RUIZ DE GARCIA dijo que se iba a votar el artículo como estaba acordado.

En votación nominal se aprobó el artículo por 63 votos contra 19.

El Sr. CASTELLAR apoyó una enmienda al capítulo 31, gastos de una quinta para que fuese la última y para que se organizase el ejército, manifestando que el capítulo era una amenaza y una amenaza próxima de una nueva quinta que no podía votarse cualquiera que fuese la forma en que se presentase, puesto que la opinión era contraria a la idea de las quintas, incompatible con la Constitución y con la dignidad de la personalidad humana.

Calificó de inútil y perverso el sistema de quintas, funesto legado, dijo de Napoleón I, 6 hizo, en su demostración, algunos recuerdos de la historia francesa.

Y manifestó que el ejército no servía en España para mantener el orden público, y si para grandes cabalas. Que las direcciones generales de las armas creaban un feudalismo militar. Que las capitánías generales eran la sombra de los antiguos virreyes; los comandantes generales gobernadores, y los comandantes de plaza alcaldes. Que las plazas fuertes, llamadas muchas de ellas plazas flojas, por un director de ingenieros, eran inútiles en los tiempos modernos. Que no debía haber mas que una escuela, caso de convenir en la conveniencia de la enseñanza militar oficial. Que el presupuesto de la Guerra elevaba a 400 millones, a pesar de no consignarse mas que 300. Y que debía formarse el ejército de ciudadanos, como el de Suiza, cuyo organismo explicó.

El señor presidente del CONSEJO espuso que reconocía la pericia del Sr. Castellar en los asuntos militares, no pudiendo, sin embargo, aceptar su enmienda porque se necesitaba un ejército permanente para combatir en el interior a las fracciones políticas que se levantaban contra la constitución y para la defensa de la sociedad, y porque era necesaria la quinta mientras no hubiese otro medio con que sustituirla, no habiendo ofrecido por lo mismo, en ningún caso, la abolición de las quintas.

No recibió traer los proyectos de ley, objeto de la enmienda, que se leía a la Cámara se desechase.

Se desechó la enmienda en votación ordinaria.

Y se levantó la sesión.

Erán las doce y cuarto.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

La abundancia de originales nos impide publicar la sesión de ayer, lo que procuraremos evitar en lo sucesivo.

litar que estaban en posesión de la cruz de San Fernando, la adquirieron con juicio contradictorio.

El Sr. RUIZ DE GARCIA dijo que se iba a votar el artículo como estaba acordado.

En votación nominal se aprobó el artículo por 63 votos contra 19.

El Sr. CASTELLAR apoyó una enmienda al capítulo 31, gastos de una quinta para que fuese la última y para que se organizase el ejército, manifestando que el capítulo era una amenaza y una amenaza próxima de una nueva quinta que no podía votarse cualquiera que fuese la forma en que se presentase, puesto que la opinión era contraria a la idea de las quintas, incompatible con la Constitución y con la dignidad de la personalidad humana.

Calificó de inútil y perverso el sistema de quintas, funesto legado, dijo de Napoleón I, 6 hizo, en su demostración, algunos recuerdos de la historia francesa.

Y manifestó que el ejército no servía en España para mantener el orden público, y si para grandes cabalas. Que las direcciones generales de las armas creaban un feudalismo militar. Que las capitánías generales eran la sombra de los antiguos virreyes; los comandantes generales gobernadores, y los comandantes de plaza alcaldes. Que las plazas fuertes, llamadas muchas de ellas plazas flojas, por un director de ingenieros, eran inútiles en los tiempos modernos. Que no debía haber mas que una escuela, caso de convenir en la conveniencia de la enseñanza militar oficial. Que el presupuesto de la Guerra elevaba a 400 millones, a pesar de no consignarse mas que 300. Y que debía formarse el ejército de ciudadanos, como el de Suiza, cuyo organismo explicó.

El señor presidente del CONSEJO espuso que reconocía la pericia del Sr. Castellar en los asuntos militares, no pudiendo, sin embargo, aceptar su enmienda porque se necesitaba un ejército permanente para combatir en el interior a las fracciones políticas que se levantaban contra la constitución y para la defensa de la sociedad, y porque era necesaria la quinta mientras no hub